

JOSEFINA BIRULÉS, *Una herencia sin testamento: Hannah Arendt*. Barcelona, Editorial Herder, 2007.

La obra de Hannah Arendt ha ido obteniendo un notable reconocimiento en los últimos años, a pesar de las críticas que en su momento recibió debido a lo difícil que es conciliar muchos de sus postulados y a la novedad de éstos. En el libro *Una herencia sin testamento: Hannah Arendt*, Fina Birulés intenta esclarecer las claves del pensamiento de esta destacada autora. El punto de partida de su análisis es la convicción de que para poder entender la obra de Arendt hay que entender que el pensamiento de la autora no tiene voluntad de sistema, de obra finalizada, sino que se centra en el proceso de construir los andamiajes que le permitan pensar las vicisitudes de nuestra época, las formas de pensamiento y de organización política que esta época necesita. Su obra, de «una feroz independencia intelectual» como resalta Birulés, incluye muy diversos registros provenientes de la filosofía y las ciencias sociales, pero también de la literatura, la biografía o la poesía. Arendt trata de comprender lo ocurrido convirtiendo en reflexión sus experiencias, marcadas por los totalitarismos y las primeras explosiones atómicas. Esto tiene como consecuencia inmediata un replanteamiento del pensar filosófico que para Arendt supone, sobre todo, volver a formular las preguntas, ya que las respuestas de que se dispone no sirven, dada la ruptura entre la experiencia contemporánea y el pensamiento tradicional a la que ella asiste. Se ha dado un desplazamiento entre experiencia y pensamiento, entre lo que ha ocurrido y las categorías, preguntas y

respuestas de que se dispone para comprender, para pensar. Por eso Arendt habla de un «pensar sin barandilla», siendo patente la necesidad de repensar la tensión entre pensamiento y acción con nuevas herramientas, para que el mundo no se nos torne ajeno, sobre todo después de Auschwitz. Su pensamiento incide directamente sobre la política y lo político, la acción, el sentido y la memoria.

Éstos son los temas en los que se centra Josefina Birulés en su acercamiento al pensamiento de Hannah Arendt, abordando un legado que, como ella misma señala, «se nos presenta sin manual de instrucciones, como una herencia sin testamento». Pero precisamente esta cualidad de la obra de Arendt expresa, como muestra Birulés, la originalidad y la fuerza del pensamiento de una autora cuya voz no sólo se deja oír en los debates contemporáneos sino que pone en cuestión los términos en que estos transcurren. Birulés, profunda conocedora de la obra de Arendt, no pretende en este libro ofrecer una monografía exhaustiva, sino adentrarnos en lo que denomina «experimentos» clave del pensamiento arendtiano, centrándonos en los temas señalados. Estos experimentos articulan los cinco capítulos de que consta este volumen.

En el primero de ellos, *La pasión por comprender*, Birulés se adentra en la idea arendtiana de que la forma humana más específica que tenemos de vivir es «el comprender», cuyo fin es el establecimiento de sentido. Esta idea es central en el análisis que Arendt hace de los totalitarismos en su conocido libro *Los orígenes del totalitarismo*. Con el auge de los sistemas totalitarios el comprender humano ha perdido sus puntos de referencia y tiene dificultades para



esclarecer el sentido de lo ocurrido. Por tanto, es necesario repensar la forma de proceder a la hora de pensar lo que ha pasado. Arendt llega a la conclusión de que ya no cabe una reconstrucción histórica para dar cuenta de lo sucedido, los totalitarismos deben analizarse como un acontecimiento sin precedentes y, por ende, sin posibilidad de trazar analogías. Por tanto, Birulés, destaca la voluntad de Arendt de pensar los acontecimientos de una forma nueva, funcionando elementos ortodoxos con otros menos académicos. Por otro lado, para Arendt, igual que para Benjamín, es importante recordar las experiencias políticas pasadas, por lo que la memoria es una categoría de enorme relevancia en su pensamiento.

En el segundo capítulo, *La dignidad de la política*, Birulés plantea el interés de Arendt por volver a la pregunta acerca del sentido de la política. La aclaración que nos hace la autora, «la libertad tiene que ver básicamente con la experiencia de la realidad en un espacio relativamente estable en el que hay perspectivas diversas e irreducibles»<sup>1</sup>, muestra la importancia que tiene la política para la realización de los individuos. Éstos necesitan, como condición *sine qua non*, un espacio en el cual interactuar, mostrarse frente a otros en un escenario temporal y plural. En este contexto Arendt otorga una enorme relevancia a las palabras «pluralidad», «acción», «apariencia» y «libertad», pilares de su pensamiento. «Apariencia» es un concepto central en este capítulo que hace referencia al hecho de lo temporalmente bueno frente a lo eternamente verdadero. «Acción» y «discurso» van de la mano, ya que el ser humano se caracteriza por ser «un ser de acción». El contexto es ineludible y a la par impredecible, según Arendt; así pues, estamos abocados a los riesgos que conlleva el actuar, puesto que el propio contexto no se puede dominar de forma completa, y la acción humana es impredecible. La política no es sino capacidad de acción, de dar lugar a lo impredecible, por tanto, es el espacio en el que se ejerce la libertad. Acción y libertad compo-

nen un binarismo simétrico en tanto que la libertad es una característica, un espacio donde es posible la acción, la novedad, y la acción es el lugar en el que se ejerce, o es posible ejercer, la libertad.

Los individuos aparecen y se distinguen en el ámbito público por medio de la acción y la palabra. Es el hecho de aparecer en la arena política lo que hace que se le revele a los sujetos que: «nadie puede 'ser' sin que alguien mire»<sup>2</sup>. En el proceso de interacción política es donde nos percatamos de nuestra propia unicidad, en tanto que nos mostramos en la interacción con y para los otros sin perder nuestra identidad. Esta idea se contrapone al totalitarismo, ya que éste imposibilita la capacidad del propio movimiento y, por tanto, de la libertad y del sentido del mundo. En tanto que la política tiene como esencia la libertad y la pluralidad, el auge del totalitarismo las imposibilita al destruir el espacio político, haciendo homogéneo lo que es heterogéneo. Por tanto, como destaca Birulés en este punto, para Arendt la política se ha de pensar en plural, «como espacio de comunicabilidad entre sujetos que conversan y discuten desde una heterogeneidad irreducible»<sup>3</sup>.

En el tercer capítulo, *¿Un crecimiento no natural de lo natural?*, se hace un recorrido por diversos temas entrelazados entre sí, acabando con unas anotaciones a Marx. En él son centrales los conceptos de «revolución», «libertad», «sociedad», «política», «acción» y, cabría decir, «interhumano». Con ellos, urde Arendt razonamientos dirigidos a intuir los prerrequisitos que ha de cumplir el ámbito público para que un individuo pueda ser considerado libre. Como eje se nos presenta la diferencia entre la tripartición acción, trabajo y labor. Se pone de relieve cómo el trabajo y la acción han sido desbancadas poco a poco por la labor, que Arendt vincula directamente con lo natural, lo necesario para la subsistencia. Es aquí donde se crea la fisura entre lo político y lo social. El peso que adquiere lo social es entendido por Arendt como deficitario

<sup>1</sup> F. BIRULÉS, *op. cit.*, p. 73.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 222.



para la instauración de la libertad y la acción en el «compartir el mundo». Critica el énfasis en lo social y el olvido de la política e intenta repensar la política en toda su especificidad. En la empresa de redignificar la política distinguiéndola del ámbito de lo social la autora deja entrever los problemas de la política moderna.

Como nos muestra Birulés, lo que Arendt lamenta es la pérdida de un mundo en el que era plausible la conjugación de diferentes perspectivas, así como también la capacidad y el espacio para la interacción. No hemos de olvidar que a pesar de su insistencia en la contingencia del espacio público, la política tiene mucho de performativa, esto es, necesita indisolublemente del estar-entre-otros para poder ser realizada, para poder ser libres; depende de la acción humana y ésta «es la sola facultad humana que exige una pluralidad de hombres»<sup>4</sup>.

Por otro lado, es importante la mención del concepto «revolución», que va encadenado al de acción. Sucintamente podemos afirmar que para Arendt este término ha de adoptar una nueva acepción, tras las guerras mundiales, los campos de exterminio y el avance incontrolable del totalitarismo. Esta idea se ve reflejada en la descripción que realiza de las revoluciones americana y francesa y su recorrido etimológico de la propia palabra *revolución*. Para Arendt revolución fundamentalmente significa ruptura y fundación de la libertad.

En el capítulo cuarto queda patente el rechazo de Arendt por cualquier determinismo basado en la idea de que en la historia hay procesos mecánicos e irrevocables. Su peculiar tratamiento de la historia, sobre todo en sus obras *Los orígenes del totalitarismo* y *Entre el pasado y el futuro*, la llevó a ser condenada por varios filósofos e historiadores. En estos escritos Arendt explicita su concepto de historia tratándola en su dimensión humana. Deja patente además la experiencia personal y la idea de que el hilo de Ariadna se ha roto con respecto a la tradición, se ha volatilizado y lo único que cabe ahora es una comprensión, no relativa a la búsqueda de solu-

ciones, sino más bien con una mirada dirigida a condenar o elogiar, y, sobre todo, «a detectar los momentos de libertad política y los de abyección»<sup>5</sup>. Por tanto, deja claro que se ha de promover una reflexión sobre las posibilidades de la acción. Sitúa, frente a la historia científica-objetiva, la historia monumental de la que nos hablaba ya Nietzsche; su idea es insuflar más importancia a las narraciones, a los relatos, para así revelar la acción y *despertar a los muertos*, como pretendía Benjamin.

En el capítulo quinto se aborda el tema del pensar concatenado con el juicio y el juzgar. En relación a este tema se traen a colación las figuras de Sócrates y Kant, volviendo a algo que Arendt deja patente, esto es, que el ser humano necesita de sus congéneres para poder pensar, no hay un espectador único y privilegiado. Se reclama pues la idea de múltiples espectadores, dado que la facultad de la razón va estrechamente relacionada con la comunicabilidad, con la pluralidad y la publicidad. «Compartir el juicio significa comunicación; apelar al asentimiento de los demás, persuadirlos, significa estar juntos en un mundo común»<sup>6</sup>. Juzgamos y actuamos como miembros de una comunidad real y contingente, y no desde la soledad. Por todo ello, Arendt no cesa de insistir en el hecho de que todo pensamiento surge de la experiencia compartida, en la interacción, y es ahí donde es posible que se de la libertad política. Sin embargo, señala también que el pensar tiene que ver con la dimensión de la ausencia, aunque el pensar desde uno mismo no implica el aislamiento del mundo.

Finalmente señalamos que Arendt da a entender que una de las posibilidades abiertas para resolver los problemas que supone el ejercicio del poder es la ampliación del mismo y por ende, el aumento de la responsabilidad política. Es decir, que el poder para actuar con eficacia no sólo debe ser ostentado por unos pocos, sino por la comunidad de individuos que componen el ámbito político; que hemos de recordar que son todos los individuos que componen la comuni-

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 123.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 173.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 228.

dad, en tanto que seres que comparten el mundo. Por tanto hay que distinguir entre responsabilidad política y moral. Esta última es la que pertenece a la esfera del yo, de la acción individual; en cambio, la responsabilidad política es

aquella que está enmarcada en la co-interacción en el mundo de los diferentes actores.

M<sup>a</sup>. José TACORONTE DOMÍNGUEZ  
Universidad de La Laguna

